

**UN PERRO CON SUERTE**

**AUTOR: IMAGO**

## UN PERRO CON SUERTE

*No hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.*

*Albert Camus.*

—Tommy, sítveme otro trago —le pidió Víctor con tono afable.

—¿Uno más? —interrogó Tommy preparando la copa— con éste ya van ocho ¿está seguro de repetir?

—Completamente —respondió con aplomo y apoyándose en la barra continuó—: Tan seguro como tú de saber que ya tomé tres, cinco, ocho copas; mas, ¿quién te asegura que no serán las últimas que pruebe en esta vida?

—Siempre pensando en la negra guadaña, siempre tan pesimista, señor Víctor, desde aquel verano cuando lo dejó...

—¡Calla Tommy! Por favor. Que enterré su nombre en lo más profundo de mi alma. Es mejor así. Que se desvanezcan los recuerdos y tormentos.

—Cuidado con evocar demasiadas imágenes pasadas —le advirtió Tommy mientras verificaba a trasluz la limpieza de una copa—. Que a la obsesión sobreviene la locura. A veces conviene sepultar todo aquello.

—¡A los recuerdos y a los muertos! —replicó Víctor—. Ya lo decía Tieck<sup>1</sup>: "No despiertes a los muertos". Que nos sirva de consejo.

Vació la copa de un solo sorbo y Tommy sujetando un cuchillo se puso a cortar unos trozos de salami. Miró a Víctor con curiosidad y preguntó:

—¿Y si algún imprudente osara despertarlos?

—... si algún imprudente... —repitió Víctor dubitativo—, entonces los zombis se convertirían en serpientes y le estrujarían el pecho hasta destrozarle el corazón.

Tommy se detuvo de golpe con el cuchillo hundido en el salami. Vaciló un poco y luego prosiguió.

—Algo me dice que, quiéralo o no, le es difícil olvidarla.

—Sí, para qué negarlo —murmuró Víctor, al tiempo que extendía su copa para que Tommy le aumente el licor.

—Pero ya pasó mucho tiempo.

—Hoy se cumplen dos años y todavía está grabado en mi memoria el día de su partida. Regresaba de la oficina con la intención de pedirle que hablemos de lo nuestro, que intentáramos salvar nuestra relación. Y ante mi sorpresa, al entrar a la casa y cruzar el comedor, encontré sobre la mesa una carta, que más que contener una cruel despedida estaba cargada de improperios y de insultos. Se había llevado algunos trastos y no volvió jamás.

Víctor tomó un sorbo queriendo disimular, aunque los cristales de sus anteojos no pudieron ocultar su indecible amargura. Tommy al darse cuenta prefirió callar. Colocó cuidadosamente los trozos de salami en un plato y cogiendo un paño se puso a limpiar la barra. En un rincón de la sala alguien soltó una carcajada, acompañada al instante con muchas risas y aplausos que se desvanecieron en el murmullo del lugar.

—Discúlpame Tommy, todavía tengo heridas que sangran a pesar del tiempo —prosiguió Víctor.

—No se preocupe. Ya soy un hombre maduro y comprendo bien la situación. Así es la vida, a veces se gana, a veces se pierde; amores van y amores vienen.

Dando vueltas la copa entre los dedos, Víctor le replicó:

—Pero cuando uno se enamora de verdad, no es tan fácil aceptarlo. Cuando no es solamente una aventura azarosa, pasajera, y experimentamos por primera vez un sentimiento de no-pertenencia, que nuestra vida se centra en el otro y para el otro. Y cuando ese amor no es correspondido, la mitad de uno, sino todo uno; se precipita en un profundo abismo.

—Por desgracia, señor Víctor, parece ser la regla general para las almas solitarias y sensibles. En mi vida conocí casos en que el desafortunado enamorado era colocado por las circunstancias, en la encrucijada de la vida y de la muerte. Decidir no es fácil y aunque alguna de estas almas hubiera decidido por la vida, una parte de su corazón ya estaría muerto para siempre.

—Tienes mucha razón y creo que llegaste a describir certeramente mi experiencia.

Tommy lo escuchó mientras colocaba los trozos de salami en una bandeja, acompañándolos con aceitunas, pepinillos y tiras de jamón. Al terminar llamó a un mesero y le ordenó que entregara el entremés a una de las mesas. Luego se volvió a Víctor y le preguntó:

—¿Fue su segundo o tercer amor?

—¿Quién?

—La innombrable.

—¿Lo dices por mi edad? No. Fue el primero.

Tommy quedó sorprendido y guardó el paño. Escogió un disco compacto y cambió la música. Una melódica pieza de saxofón y piano inundó el ambiente.

—¿Le gusta el *Jazz* clásico, señor Víctor? —le preguntó mientras movía la cabeza rítmicamente—. O prefiere un *Jazz* moderno ¿qué tal Diana Krall?

—Prefiero el *Blues*, pero deja ese tema. Me agrada escuchar a Stan Getz. Especialmente cuando toca el saxofón tan plácidamente. Además, combina con gran estilo el *Jazz* con ritmos latinos. El tema me recuerda a una chica de la universidad, Katie. La conocí en un aniversario de la carrera. Si la hubieras visto bailar a media luz. Se movía tan suave... —recordaba al tiempo que sacaba un cigarrillo y luego de encenderlo lo aspiraba profundamente—. Fue un amor platónico, me extasiaba verla, su figura desbordaba lozanía. Era un loco sueño de juventud.

—Ya que el verdadero amor recién llegó con...

—Tommy, Tommy, te gusta herirme ¿no es así?

—Sólo comentaba —le dijo sonriendo, pasándole un platillo de aceitunas y un cenicero. Víctor fumó en silencio escuchando la música tranquila y llevándose un par de aceitunas verdes a la boca. Su mirada vagó errante por los cuadros del bar.

La voz de un niño irrumpió en el lugar. Una caja de madera le colgaba del cuello, llena de golosinas y globos de colores en forma de corazón. Se acercó a una mesa diciendo: "chocolatinas, señor, cómprele chocolatinas a su novia, si compra el corazón le doy una chocolatina de regalo". No le prestaron atención. Al acercarse a otra mesa escuchó que lo llamaban.

—Muchacho, retírate, por favor no molestes a los clientes —le dijo un mesero con tono grave y tomándolo del brazo lo llevó hasta la puerta.

—¿Usted no quiere una chocolatina, señor? —preguntó el niño al mesero.

—No, no quiero. Ya vete. —le respondió, molesto, empujándole hacia la calle.

El niño recogió un corazón que había derramado al salir y se marchó.

—¡Ay niño! Viene siempre a medianoche —se quejó Tommy y aumentó un poco el volumen de la música.

—Estimado, quería pedirte un favor —solicitó Víctor con la mirada melancólica—, si abandonara este mundo antes que tú, quiero que cuides a Dock por mí. No quisiera que el pobre quedara desamparado.

—¿Que cuide a su gracioso *terrier*? ¡Vamos, señor Víctor, no será necesario! Usted seguirá cuidando a Dock por muchos años.

—Créelo, no es ninguna exageración. Es el único ser que siempre me acompaña. Salta de alegría cuando llego a casa y coloca sus patas sobre mis rodillas en mis momentos de profunda soledad, como si dijera: “no desesperes, no estás solo y la vida continua”. Es un maravilloso animal.

Sonrió con ironía y pidió otra copa. Intentó ponerse de pie y al sentirse mareado, prefirió volver a sentarse. Comenzó a murmurar para sí mismo. Movía la cabeza con gesto negativo y se notaba que agitados y frenéticos pensamientos desfilaban por su conciencia. Inesperadamente levantó el puño y golpeó fuertemente la barra.

—¡Júramelo, Tommy, jura que cuidarás a Dock!

—Se lo juro, pero cálmese —le dijo, levantando las palmas.

—Lo lamento, esta noche no me siento bien.

—Hace muchas noches que lo noto deprimido.

—Si te contara. Sírveme otra copa —pidió mientras buscaba en sus bolsillos y con tono avergonzado murmuró—: Tommy ya no me queda dinero, será que puedas... sólo me alcanzará para el taxi.

—No se preocupe, ésta la invito yo.

Tommy sacó el *bourbon* especial que guardaba, sirvió una copa, le puso un cubo de hielo y se la extendió.

—¡Qué sorpresa! Déjame estrechar tu mano. Eres muy gentil. Vaya, vaya, un Jack Daniel's. Me recuerda aquella ocasión en que llegué a casa, presuroso y entusiasmado, para contarle a la adorada que me promovieron en mi empleo. Llevé unos bocaditos y saqué el *bourbon* para esa ocasión especial. Incluso, había reservado una mesa en un restaurante. La noticia merecía festejarse. Por el bien nuestro, principalmente el de ella. Entonces la llamé. Salió del dormitorio, mal arreglada y con el cabello alborotado. Taciturna escudriñó la mesa y señalando con el dedo índice la botella me increpó: “¿Otra vez borracho?”. Tres pequeñas palabras que apagaron el fuego. Ya te imaginarás. Se ahogó la fiesta.

—Así son las mujeres, señor Víctor. No todas. ¿Luego, qué sucedió, llegaron a salir?

—No. Después hubo una severa discusión y ella terminó estrellando la botella contra el piso. Ese fue el principio del fin.

—Lo lamento mucho, señor Víctor.

—Sí, yo también.

Víctor calló unos momentos mientras pestañeaba con gestos de cansancio, aletargado por la suave música que se escuchaba en el ambiente.

—¿Tommy, hace cuánto tiempo que nos conocemos?

—Como unos dos años, señor Víctor.

—¡Dos años! ¿Y desde cuándo que trabajas en este lugar?

—En enero se cumplirán ocho años.

Víctor frunció el ceño y examinó a Tommy con la mirada. Tenía la apariencia de un hombre cansado y los tonos grises de su cabello delataban su edad.

—Tommy, ¿cómo puede ser que trabajes tanto tiempo en el mismo empleo y venir día tras día al mismo lugar? ¿No buscaste otras opciones?

—Ya no, desde que murió Carmen, mi esposa. Cuando me casé tenía un futuro abierto. Ahorraba y deseaba comprar una casa. Hacíamos muchos planes, hasta que una noche el destino la arrancó de mis brazos para siempre. Después, como una maldición, todo empezó a salirme mal, los proyectos no arrancaban y me llené de deudas. Así pasaron los años hasta que encontré este trabajo que bien o mal me sostiene. Déjeme preguntarle. Me embarga la curiosidad ¿Por qué lo dejó su esposa?

—Ella me abandonó por mi mediocridad. Al menos, eso repetía a viva voz diariamente, antes de marcharse —respondió cabizbajo—. Quién sabe si haya sido el verdadero motivo o únicamente buscó pretextos. Dime, Tommy, ¿cómo pudiste soportar la soledad tras la muerte de tu esposa?

—Fue muy difícil. Jamás recurrí a paliativos pasajeros, tales como drogas, alcohol o mujeres. Algunos somos más fuertes; en cambio, para otros, la solución es darse un tiro.

—Para mí también —respondió Víctor con voz apagada.

—¿Cómo dice?

—¡Que “Werther” también fue escrito para mí! —afirmó ensimismado—. ¿Creo que tú también le temes a la muerte?... Tommy, cuando yo era joven esa idea me aterraba, pero conforme pasaba el tiempo fui aceptando con la mayor resignación mi final inevitable. Para muchos, cada día, es uno más en la vida, para mí en cambio, uno menos. Parece una pequeña diferencia y, sin embargo, cambia por completo mi visión del mundo.

Víctor levantó la copa y vio en el reflejo del cristal que se acercaba una pelirroja, vestida con blusa negra escotada y minifalda del mismo color. La mujer se sentó en un taburete de la barra con la falda corta levantada.

—Hermoso, dame una botella de cerveza —le pidió a Tommy.

La pelirroja miró de soslayo y sacó un cigarrillo de la cajetilla que estaba sobre la barra.

—¿Tienes fuego? —le preguntó a Víctor, y éste con tensión acumulada la miró sin responderle.

Al no ser tomada en cuenta, dejó un billete sobre la barra y se retiró molesta. Sosteniendo con la misma mano la cerveza y el cigarrillo sin encender, sensualmente caminó hacia una mesa del fondo para sentarse al lado de un hombre viejo, pero bien vestido.

—¿Quién es ella? —preguntó Víctor.

—Se hace llamar Bebé. Apareció hace un par de días. Coquetea con hombres de apariencia solvente. Usted entiende, es de aquellas mujeres que prefirió acceder rápidamente a las comodidades y placeres a cambio de ciertos favores; aunque no siempre accede a todas las peticiones.

Víctor la miró pensativo. La muchacha ya no era muy joven y por las caderas anchas, posiblemente, madre soltera. Reía. Besaba al dandi mientras éste la miraba con lujuria.

—Sabes Tommy, qué extraño es que dos personas se sienten juntas, intercambien palabras y en el fondo solamente hablen de sí mismas. Pareciera no importarles lo que el otro dice. Mírala, coquetea, juega, le sonrío y acaricia, no obstante, su pensamiento está en el dinero y no en el hombre. A él le pasa casi lo mismo, no le interesa realmente la muchacha, sino su cuerpo. En el fondo son islas solitarias.

—Si queremos hablar de soledad, mire a ese hombre sentado al fondo — dijo Tommy señalando una mesa al lado de la puerta de escape.

—Lo veo.

—Le dicen, o se hace llamar Guilli. Seguramente es algún diminutivo. Se sienta solo y toma algunas copas viendo a las muchachas del lugar.

—Para conquistador, el nombre no le favorece en absoluto.

—No las conquista, ni siquiera las saluda, sólo las ve en silencio, deseándolas tal vez.

—Debe de sufrir de impotencia o de algo parecido. Pero definitivamente es un enfermo.

—Así es, señor Víctor, aunque enfermo no es la palabra. A decir verdad no tiene piernas. Contrató un asistente que lo trae hasta aquí. Lo sienta. Repliega la silla de ruedas debajo de la mesa y luego se retira para volver en un par de horas. En cualquier momento llegará para recogerlo.

Víctor inclinó la cabeza para otear por debajo de la mesa y verificar por sí mismo lo que acababa de escuchar. Unos gritos lo alarmaron.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó la pelirroja tratando de zafarse de los brazos del dandi que trataba de sujetarla—. Déjame que yo tengo mi dignidad. Suelta...

Víctor la vio salir y se percató que el inválido metía la mano en el bolsillo con gesto amenazador.

—¡Espera, Bebé, espera, tú me prometiste...! —decía solícito el dandi mientras corría detrás de ella.

—Es la escena de siempre —comentó Tommy—, sucede cuando Bebé se queda con la billetera del cliente.

—Me lo imaginaba —le dijo Víctor sonriendo, llevándose una aceituna la boca.

Tommy se puso a contabilizar la ganancia del día. Como sucedía casi siempre, después de la medianoche, las mesas empezaban a quedarse vacías. Casi todos sus clientes ya se habían marchado. Una que otra pareja permanecía conversando y conforme transcurrían los minutos también éstas se retiraban con gestos de cansancio. El hermoso reloj, tallado en madera de roble, que colgaba de una esquina del bar, marcaba las dos de la mañana y el sonido de un trueno se escuchó retumbar.

—¿Le sirvo otro trago? —preguntó Tommy.

—No, ya es suficiente —respondió Víctor. Será mejor que me marche, ya me da vueltas la cabeza. Además, amenaza con llover.

Se levantó y entró al baño a mojarse. Luego de unos minutos salió más reconfortado. Le dio un abrazo a Tommy y levantó el abrigo del taburete

adyacente. A punto de salir se apoyó en el quicio de la puerta, para dar paso a la pelirroja que volvía a entrar sonriente con un joven.

La noche estaba fresca y las calles, húmedas. A unos pasos de la esquina observó un tumulto de personas alrededor de un auto y, cerca de ellas, unas golosinas y globos en forma de corazón se encontraban desparramados sobre el asfalto. Frunció el ceño y deteniendo un taxi subió en él.

—Señor, disculpe, ¿adónde lo llevo? —preguntó el taxista con tono impaciente, viendo por el retrovisor, luego de esperar varios segundos.

—Lo siento, es que me pareció reconocer algo y no recuerdo dónde —le dio una dirección y quedó anonadado.

—La noche está un poco fría —comentó el taxista, después de haber conducido unas cuadras.

—Así es, fría, y no sólo por la temperatura del ambiente. Por favor, dé vuelta en la esquina y lléveme por la avenida.

El taxi dobló, y una gran variedad de carteles luminosos aparecieron en el entorno. Víctor observaba detenidamente a las personas que transitaban por las aceras. Para él cada rostro contaba una historia diferente. En la esquina de una calle, un par de mujeres jóvenes muy maquilladas, vestidas con trajes ceñidos y escotados buscaban clientes. El taxista se percató de que su pasajero las miraba.

—Lo que hacen algunas por dinero a cambio de entregar un poco de amor —comentó el taxista.

—¿Se lo podrá llamar amor? Pero tiene razón, lo que hacen algunas mujeres por un poco de dinero —respondió, llevando la mirada a una vieja mendiga que tocaba una pandereta, sentada al lado de ellas.

El taxi siguió su curso. Salió de la avenida y se introdujo por una calle sin salida.

—Pare en esa puerta —le pidió Víctor señalando el lugar.

Bajó del taxi y le pagó al conductor, éste le deseó una buena noche. Caminó hasta la puerta buscando la llave de la casa en sus bolsillos. Se escuchó un trueno y empezó a llover. Abrió la puerta y subió por unas gradas algo deterioradas, iluminadas precariamente por un sucio foco que colgaba de un cable. Llegó a una puerta y con paso aletargado ingresó al apartamento. Por la ventana ingresaba la luz de las luminarias de enfrente, refractándose en las gotas de la lluvia que golpeaban en el vidrio. Víctor decidió no encender los focos. Dock corrió a su encuentro meneándole la cola y recibéndolo con un ladrido.

—Dock, mi querido Dock. Debería comprarte un rico filete, te lo mereces, por todo el tiempo que me acompañas.

Acarició al animal mientras éste le lamía la mano. Luego se acercó a su escritorio. Encendió la lámpara y sentándose abrió un cajón. Sacó una fotografía que mostraba a una muchacha muy galana, posando con una sonrisa encantadora debajo de una sombrilla. Dejó caer la foto sobre la mesa y se sirvió un trago de una botella que estaba a lado de la lámpara. Tomó un sorbo y acarició al terrier.

—Sabes, Dock, cosas como las que vi esta noche, me hacen pensar, a veces, que la vida es un completo absurdo... —luego, mirando la foto continuó—: ¡A tú salud! Después de todo me diste muchas horas felices. ¿Opinas lo mismo, mi princesa? ¿Todavía me recuerdas, o ya encontraste al hombre de sociedad, fino y exitoso, lleno de títulos, diplomados y trofeos? ¿Dónde quedó aquello que

me decías al oído, que el amor era lo más importante y que supera toda desavenencia y fatalidad?

Acabó el licor de un solo sorbo y levantó una carta que escribió la noche anterior. La leyó y luego la estrujó entre las manos. Palideció y sus ojos enrojecieron. Cogió un encendedor y quemó la carta soltándola al interior de la papelera.

—Así se acaba la vida de todo hombre, querido Dock, de todo ser viviente. Cuarenta u ochenta años son nada. Su duración es como una de estas chispas que aparecen y desaparecen al instante. Polvo al polvo. Para algunos, mejor dicho para mí, únicamente el amor hace la vida soportable. Si hubiera un designio la vida tendría sentido, pero ¿si no lo hay? ¿Si no hay un destino? La vida sería un absurdo. Todo hombre busca un sentido en su vida (inexistente) para no enloquecer. Con la idea de un Dios surge el propósito, una razón (lo justo y lo errado), y si él no existe entonces todo está permitido.

La carta se iba consumiendo por el fuego. El reflejo de las llamas brillaba en sus anteojos iluminando su rostro. Retiró un pedazo de terciopelo negro del escritorio que tapaba un revolver. Cogió el arma. Se levantó y caminó a su dormitorio. Cerró la puerta. Un sutil haz de luz ingresaba por la ventaba. Se sentó sobre la cama, tembloroso. Hizo girar el tambor del revólver y apoyó el cañón en su entrecejo. El tambor se detuvo. Apretó el gatillo.

Las gotas de la lluvia golpeaban fuertemente las ventanas. Unos relámpagos iluminaron el cielo nocturno y una fuerte tormenta castigó la ciudad. Dock corrió a la puerta del dormitorio y se encogió en la entrada emitiendo un gemido entrecortado.

Iluminado por la tenue luz, Víctor con el revólver todavía en la mano, abrió los ojos. Buscó la posición de la única bala cargada y la encontró en la recámara contigua a la del disparo. Dejó el arma sobre el velador.

—Jamás se me han respondido mis preguntas más importantes —susurró para sí mismo cubriéndose la cara con las manos—, pero a cambio he tomado verdadera conciencia de mi destino. Francamente no es un escape sino una verdadera rebelión.

Descansó la cabeza sobre la almohada y viendo la lluvia caer a través de la ventana se sumió en un profundo sueño.

Una semana después, Tommy ingresó al departamento de Víctor.

—Hola Dock —le dijo al terrier restregándole las orejas— ¿tienes mucha hambre? Cuántos días te quedaste solo ¿dos, tres? Toma, come este rico filete, es todo para ti. Desde ahora yo tendré que cuidarte.

“¡Algunos somos más fuertes! ¿Verdad, Dock?”

FIN

## Notas

---

<sup>i</sup> Johann Ludwig Tieck (Alemania, 1773-1853) Fue el escritor más fértil de su generación y junto con Novalis (aunque con características distintas) el sustento de la literatura romántica. Escritor excepcional, al que el propio Schlegel lo equiparaba con Goethe, concluyó la obra póstuma de Novalis "*Heinrich von Ofterdingen*", del que también fue su editor. Se deberá también a Tieck, la primera publicación de las obras de Kleist y dar a conocer a otros escritores y poetas románticos. Se considera que el relato: "No despiertes a los muertos" es una de las primeras obras de vampiros escritas en prosa.